

Ideas y opiniones

Intermezzo poético

Á los verdaderos amigos del arte verdadero, á los que saben comprender el valor de un artista por lo que ese artista ha llevado á cabo, ha venido á causar una gran tristeza la idea que algunos jóvenes tienen de dedicar á Rafael Angel Troyo nada menos que una corona fúnebre, es decir, un libro sin nada dentro, escrito sin el fuego y el tumulto de alma que caracteriza otros libros; puesto que las coronas fúnebres se escriben así para echarse á sí mismo un poco de gloria hablando del muerto, llamando la atención de los demás hacia la propia individualidad que sabe llorar en público con frases diluidas, dulces, escritas en tono menor, saturadas de voluptuosidad blanda y de murmuración callejera porque quien habla del hombre muerto no se contenta con decir lo que le parece la obra suya, sino que cree indispensable decir que fué su amigo íntimo, que comieron juntos en tal parte, que el artista los distinguía con distinciones que á nadie concedía, en fin, que ninguno mejor que ellos podría escribir un estudio sobre él.

Son artículos cortos, con muchas flores, con muchos recuerdos, con muchas lágrimas que irán á mantener siempre vivas las rosas que crecen en la tumba del Poeta la cual ninguno de ellos conoce porque está muy lejos y porque nadie los vería si fuesen á visitarla, razón ésta la más importante de todas.

Ahí, en aquellas páginas no se sentirá un verdadero grito de corazón herido sinceramente, ni tampoco se sentirá la triste compasión por los que quedaron, por su joven esposa y por sus inocentes niños.

Será un asalto más dado á la gloria callejera con deseos de ser el que mejor llore al Poeta ido. La prosa y los versos de ese libro estarán saturados de bálsamos y jabones perfumados, los

mismos que los autores usaron para elogiar á otros, por otras razones.

Para Rafael Angel Troyo no se necesitan coronas fúnebres; su mejor corona la constituyen sus obras; leedlas una por una, con el encanto que se merecen, estudiadlas con cariño, no con ese cariño mentido que todos juran á quienes no pueden responderles, analizadlas con entusiasmo y veréis que Rafael Angel está muy por encima de esas ridiculeces. Si lo amáis, si lo estimáis un poco, no ayudéis á consumir ese delito de lesa majestad, no permitáis que se ensucie el nombre de Rafael Angel Troyo con lágrimas que más parecen siropes muy azucarados.

La satiriasis sentimental y vanidosa no debe dejarse desbordar en ese sentido. Debemos recordar que para hablar de Rafael Angel Troyo es preciso vivir más en íntima comunión con las cosas sencillas, armoniosas y más que todo internas que llenan sus libros. De él no se escribe como se escribe de una señorita, «botón tronchado al empezar la jornada de la vida» ni como se escribe de cualquier hombre que deja la existencia; Rafael Angel fué un artista y como artista hay que tratarlo. Es verdad que en los troncos de las encinas—en lo único que ellas no pueden sacudir con fiereza como sacuden sus ramas—nacen y crecen hongos que se hacen cada vez más hermosos con la savia robada á traición; en nuestro caso toca á los hombres sinceros, á los que verdaderamente han sentido la desaparición de Troyo, eliminarlos.

Quieren hacer creer que lloran al poeta cartaginés como si los hechos no los estuvieran desmintiendo. En todas partes he visto coleccionados, en casas que valen muchísimo más que museos, todos los libros, papeles y cartas que pertenecieron á un poeta, á un prosista, á un pintor, en fin, á un artista desaparecido. Aquellas colecciones son